

El viaje a los orígenes

José Jurado Morales

Con una trayectoria literaria que alcanza ya los cuarenta años Eduardo Mendicutti ha logrado algo a lo que en principio aspira cualquier escritor: la consecución de un estilo propio y un mundo narrativo diferenciado dentro del maremágnum de títulos que pueblan el panorama editorial, de modo que cada nueva entrega viene remozada pero siempre con el sello de Mendicutti. Esto sucede en *Mae West y yo*, la novela que ha salido en abril de 2011 en Tusquets, su casa desde mediados de los años ochenta, después de una escritura interrumpida por circunstancias de salud del escritor y que ha repercutido en lo contado y en el modo de contarlo.

En *Mae West y yo* narra la estancia de Felipe Bonasera, diplomático sexagenario destinado en un ministerio madrileño, entre el 3 y el 20 de julio de 2010 en un chalé de una urbanización moderna y lujosa de Sanlúcar (Cádiz), a donde llega tras enterarse de que padece una enfermedad seria con el objeto de posicionarse ante la misma y recomponer la traza de sus días venideros. En Madrid deja las tres muñecas con las que hace de ventrílocuo eventual (Marilyn Monroe, Marlene Dietrich y Mae West), pero la voz de esta última se le reaparece de modo constante en su retiro. Aquí no encuentra tantos alicientes en la mínima vida social que desarrolla –la presentación de una novela de Gonzalo Aresu, un partido de fútbol de la selección española visto en la televisión, el funeral del citado Aresu, etc.– como en la curiosidad que le despiertan la vida de su vecina de enfrente, Pilar Meneses, y la historia de su rico marido desaparecido desde hace meses. Al cabo de

Eduardo Mendicutti: *Mae West y yo*. Tusquets, Barcelona, 2011.

dos semanas y media Felipe Bonasera vuelve a Madrid. A esto se ciñe el argumento de *Mae West y yo* y a otras cuantas situaciones e hilos que no conviene mencionar aquí para no privar al lector de algunas sorpresas. Por lo demás, de nuevo Mendicutti traba la historia personal del personaje con la biografía colectiva de la gente de su tiempo aludiendo al marco sociológico: la debacle económica, la crisis de valores, el secuestro de un empresario, la corrupción de los ayuntamientos, la adopción de niños chinos, el valor de la apariencia en ciertos círculos, la difícil aceptación del envejecimiento, las componendas financieras, el envío de los hijos al extranjero a estudiar idiomas, las nuevas tecnologías y las redes sociales, etc.

Este entramado se presenta con una estructura bastante clásica –viaje de ida y vuelta con un desarrollo cronológico lineal– en la que lo más llamativo reside en la alternancia de capítulos expuestos desde la perspectiva de Felipe Bonasera y de Mae West, con lo que en muchos momentos conocemos los hechos desde dos planos complementarios e incluso contradictorios: lo que para uno es una cosa para la otra supone la contraria. Con todo, la dificultad narrativa mayor desde la óptica de la escritura estriba en el desdoble del protagonista. Si en *Ganas de hablar* el Cigala construye largas retahílas de las que no obtiene respuesta (se trata de monodialogos y monólogos interiores), en *Mae West y yo* el personaje se desdobra para hablar consigo mismo mediante cortas intervenciones. La voz deslenguada e insolente de Mae West sirve de contrapunto a la comedida y discreta del diplomático, que encuentra en este desdoblamiento interior el modo más adecuado para analizar la vida sureña a la que llega (en síntesis, el comportamiento de los otros) y para recapacitar sobre la coyuntura que abre el diagnóstico de su enfermedad.

Esto último sirve para plantear aquí dos de los asuntos que interesan desde siempre a Mendicutti. De un lado, la realidad múltiple del yo. El escritor busca una y otra vez recursos para exponer cómo el ser humano se caracteriza por la complejidad y la multiplicidad y que toda mirada reductora conlleva la incompreensión de nosotros mismos y de los demás. Por ello aquí recurre al desdoblamiento de Felipe Bonasera al menos por medio de tres vías: el diplomático profesional se multiplica en las tres muñe-

cas a las que pone su voz de ventrílocuo aficionado, la dimensión correcta de su lado convencional intercambia pareceres con la conducta irreverente de su recóndita desvergüenza y el sexagenario constata frente al espejo los correctivos de la edad y la enfermedad. De otro lado, la curiosidad por los demás. Las novelas de Mendicutti están repletas de personajes que miran a su alrededor con ojos de extrañeza en busca de gente con comportamientos anodinos o extravagantes. Sus personajes se espían entre sí. Esto lo hacía el niño Felipe en *El palomo cojo* y esto lo hace el recién jubilado Felipe en *Mae West y yo* al tratar de recomponer qué ocurre con la soledad de su vecina Pilar Meseses, la desaparición de su marido enredado en una trama financiera y los trajines de su atractivo hijo Borja. Lo relevante a este respecto radica en que esa curiosidad por lo ajeno actúa de lenitivo para su propio mal: termina por ocuparse mentalmente más de los otros que por obsesionarse con su enfermedad.

Una de las bazas literarias infalibles del escritor consiste en el uso del humor, que da a sus relatos una impronta singular en las letras de la democracia y que recorre los más variados matices y cumple las más distantes funciones. Las notas humorísticas vienen dadas por las situaciones paródicas (como muestra queda la presentación de una novela en un episodio metaliterario) y por los destellos de la desenfadada Mae West, actriz neoyorquina considerada uno de los primeros símbolos sexuales de Hollywood y famosa porque se le atribuye frases pícaras como «¿Tienes una pistola en el bolsillo o es que te alegras de verme» o «Cuando soy buena, soy muy buena. Pero cuando soy mala, soy mucho mejor». La pluma ingeniosa de Mendicutti no le va a la zaga e inventa frases que bien podría haberlas dicho la misma actriz: «Cada vez que él pasa una noche perra, me acuerdo de lo perra que yo era de noche. De día era la Perra Durmiente» (pág. 99). Frente a la voz adiestrada del diplomático, surge la voz díscola y mordaz de Mae West llena de gracia, es decir, frente a la imagen pública que todos tenemos, surge la voz de nuestro otro yo más profundo y privado. Si bien ocurrencias como esta, perfectamente incardinadas en lo contado, aseguran la risa del lector, lo cierto es que el humor cobra mayor trascendencia que la simple carcajada. En el argumento de la novela y en las circunstancias del pro-

tagonista, el humor se erige en antídoto ante una vida más o menos plana, rutinaria y políticamente correcta, en artefacto terapéutico, en remedio ante la adversidad, el miedo y la angustia, en subterfugio natural del cuerpo y la mente para resistir los embates de la vida cuando esta se pone cruda, en fórmula para vencer el desánimo, en método existencial para la supervivencia. No en vano, Mendicutti incorpora la voz de Mae West en la segunda etapa de escritura de la novela como nuevo enfoque de la experiencia de la enfermedad, es decir, la incorpora cuando ha superado sus propios males y puede verbalizar y afrontar lo sufrido desde el ángulo del humor.

Significa esta consideración sobre el humor que la novela va ganando en matices melodramáticos a medida que se avanza en la lectura. Si al principio nos abruma los disparates de Mae West y en medio nos interesan las pesquisas sobre la familia Meneses y la vida social de los parroquianos, al final nos gana la aceptación que hace Felipe de su suerte. La avalancha de humor no esconde el poso melancólico que aporta el momento vital del protagonista: sesenta y dos años y una salud quebrada. Si en *Ganas de hablar* rondan los achaques de la vejez, en *Mae West y yo* planea el horizonte de la muerte. Los pasajes al respecto son bastantes. Por ejemplo, Carmeli, conocida de la infancia y asistente de Felipe durante esos días de retiro, le dice que huele la muerte como los perros «y hoy en esta urbanización huele a muerto» (pág. 196), o Felipe le refiere a ella que se cuenta a sí mismo cuentos como los de Sherezade para no morir (pág. 255). Aunque Mendicutti no cae en el patetismo, entre otras razones porque su personaje reniega de la compasión, sin embargo su aferramiento al estoicismo deja una extraña sensación en el lector que termina teniendo una enorme simpatía por Felipe acentuada si cabe con el cierre optimista de la novela: «O como me ha dicho Mae West: “Encanto, hasta que te mueres, todo es vida”» (pág. 259).

Asimismo, hay un fondo autobiográfico con un acusado componente nostálgico. Toda la obra de Mendicutti supone la constatación de unas experiencias personales camufladas en la ficción con diferentes alcances. Si *El ángel descuidado* o claramente *El palomo cojo* con su traza de *bildungsroman* conforman novelas del descubrimiento (los niños y adolescentes que se asoman por

primera vez al mundo de los adultos, la familia, la amistad, el sexo, la fe, etc.), *Mae West y yo* se establece como la novela del reconocimiento en tanto que el Felipe Bonasera maduro reconoce y verifica las realidades descubiertas cincuenta años antes por el niño Felipe. De igual modo, tiende al recuerdo como gran aliado para afrontar los días y, en este punto, las distancias entre Eduardo Mendicutti y su personaje se acortan. La memoria de una geografía sentimental (Sanlúcar, La Jara, Villa Horacia, Montijo, la desembocadura del Guadalquivir, el coto de Doñana...), la alusión a unos espacios naturales mitificados (con eucaliptos, moreras, adelfas y playa), la evocación de recuerdos paternos (las jornadas mariscando o cazando) y la fijación de frases lapidarias («Aquel olor no lo olvidaré nunca...», pág. 37) revelan la reconstrucción nostálgica de un tiempo feliz ido. Por ello afirma el narrador-protagonista: «Ya no queda nada de todo aquello. Queda un tiempo ya frágil y mutilado al que tengo que agarrarme con todas mis fuerzas» (pág. 205). Parece como si la edad y la enfermedad hayan espoleado al personaje para que comience a recoger amarras, a evocar los puntales de su existencia y a despedirse del mundo: «No me importaría –todo lo contrario– acabar mis días en una terraza frente a la desembocadura del Guadalquivir y el coto de Doñana» (pág. 19), afirma recién llegado; «Habíamos cerrado bien la casa y la cancela, no era probable que volviese alguna vez» (pág. 258), reconoce al término de su estancia.

El hecho de que Felipe Bonasera sea el niño Felipe de *El palomo cojo* (y no es el único personaje de sus anteriores relatos que reaparece en *Mae West y yo*) manifiesta que el autor ha configurado un protagonista que mira la vida con ojos experimentados. En los años noventa escribe sobre un niño enfermo que pasa unos meses en casa de los abuelos descubriendo el mundo, veinte años después lo imagina en plena senectud devuelto a los lugares de su infancia. En la atalaya de la existencia conviene sentarse, respirar y considerar dónde está uno y ahí se halla el sentido del viaje de Felipe al sur y la línea que dibuja la estructura interna de la novela: esas casi tres semanas persiguen el reencuentro consigo mismo, la reorganización mental y afectiva de su vida. Y digo afectiva con intención, ya que una de las reivindicaciones de la obra apunta en esta dirección. Frente a otras narraciones de Mendicutti en las que

la pulsión sexual cobra mayor relevancia, en *Mae West y yo* los efectos de la medicación han trastocado el deseo sexual de Felipe, lo que le sirve para calibrar el valor de la afectividad y satisfacer nuevas curiosidades emotivas. La soledad de este confluye con la soledad de Pilar Meneses y ambos establecen un punto de complicidad tal que la homosexualidad de aquel no le obstaculiza para sentirse atraído por ella. De hecho, Pilar le trae a la mente un antiguo y frustrado episodio sexual con una finlandesa. Con esto subraya el escritor el misterio de los afectos al narrar cómo ciertas circunstancias sobrevenidas pueden alterar el curso de la sentimentalidad y la emotividad.

Los afectos calman las alteraciones anímicas que provocan toda enfermedad, pero no parecen suficientes para Felipe. Precisa de la observación o el espionaje a los demás como modo de evadir el mal sufrido y de deportes populares como el fútbol (con su épica, su dimensión colectiva, sus héroes, su patriotismo, etc.) para seguir viviendo. Mendicutti es un escritor realista, fino indagador en las costumbres y atento observador de lo cotidiano y de cómo la gente común (o no tan común, según se mire) vive los grandes acontecimientos. Así procede con *La Madelón* frente al golpe de estado del 23-F de 1981 en *Una mala noche la tiene cualquiera*, y así hace en *Mae West y yo* con Felipe frente al mundial de fútbol de Sudáfrica en el verano de 2010. El cine también sale homenajeado. El Mendicutti cinéfilo, aquel que tiene plena conciencia de su valor en la construcción de un imaginario y en el aprendizaje cultural, intelectual o amatorio en los tiempos franquistas, rinde tributo a los actores y actrices del star system americano y recrea algunas famosas secuencias de películas a lo largo de su novela. Parece sostener que la evasión que procuran el fútbol y el cine ayuda a resistir.

La novela tiene un antes y un después. Llegados casi al final hay una confesión de Mae West que da un vuelco a la lectura y que no destapo aquí por evitar el estropicio de su sorpresa. Esa confesión hace olvidar la trama policiaca, que pasa a un plano secundario, y facilita el mejor entendimiento del alcance del humor. Sin esa revelación el título de la novela puede parecer ordinario y simplón, frívolo y lujoso, con esa revelación se convierte en un título brillante, insuperable, estremecedor, desconso-

lador, grave. Cuando va todo por los fueros esperados y se están resolviendo los frentes argumentales abiertos, Mendicutti da una magnífica vuelta de tuerca que obliga a revisar con otras expectativas las páginas precedentes. Quienes no hayan leído todavía *Mae West y yo* tienen la fortuna envidiable de poder descubrir esa estremecedora declaración, quienes ya la hemos leído no podemos sino aplaudir la trascendencia del título y la historia contada y recomendar la novela ©